

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

El próximo domingo, día 7 del corriente, celebrará esta Academia sesión privada ordinaria, en la que continuará la discusión «sobre la significación y valor literario de los cuentos modernos,» teniendo concedido el uso de la palabra los Académicos de Número D. Alejandro Tornero y D. Juan Burgada.

Barcelona 1.º de Mayo de 1893.

El Secretario,
JOSÉ M.ª DE OLALDE.

REVISTA DE LA QUINCENA

Un hecho de extraordinaria gravedad para los intereses de nuestra patria, ha tenido lugar durante la última quincena. En un pedazo de tierra española, en la Isla de Cuba, país de los más ricos y feraces que existen en el mundo, se ha izado bandera de guerra contra la madre patria, y al grito de ¡Viva Cuba libre! ha estallado nuevamente la insurrección contra los dominios españoles. La noticia circulada con grandísima rapidez, ha producido extraordinaria consternación en todos los corazones españoles, temerosos de que el terrible infortunio de una guerra civil, caiga una vez más sobre ya nuestra poco afortunada patria. Las noticias oficiales hasta ahora recibidas acusan escasísimas fuerzas por parte de los insurrectos, pues no pasan de 300 sumando las dos partidas, levantada una en Holguín y la otra en Las Tunas; pero de todas suertes, el hecho entraña altísima gravedad porque demuestra, que no están muertos de raíz, en aquella hermosa isla, los gérmenes de separatismo.

Según los telegramas recibidos, la insurrección nacida en Holguín y Las Tunas, ha tenido como siempre su generación en Cayo Hueso, en este pérfido islote, agregado al Condado de Monroe, Estado de La Florida perteneciente á los Estados Unidos, donde los partidarios de la independencia de Cuba han tenido casi siempre la base de sus operaciones contra España.

No es esta indudablemente la hora de que los españoles dis-

cutamos lastimosamente, si la responsabilidad de tan grave suceso debe recaer sobre este ó aquel otro gobierno, como neciamente han empezado á discutir algunos periódicos, ni si ha sido ó no provocado por el extranjero. Lo que importa, lo que interesa y es de todo punto necesario, es ahogar rápidamente la insurrección cueste lo que cueste, por muy cierto que desgraciadamente sea, que la época en que nos encontramos sea la más funesta del año, para poner en actividad, en aquellos países, las tropas peninsulares; es de todo punto indispensable matar en su origen el foco de rebelión y en esta tarea, el Gobierno español debe encontrar el apoyo incondicional y entusiasta de todos los españoles. Atacada la insurrección desde el primer momento, puede renacer inmediatamente la paz, pero la más leve incuria y el menor descuido en estos supremos instantes, podría dar lugar á sangrienta y prolongada guerra civil, y hasta quizás á la pérdida definitiva de aquel hermoso y riquísimo pedazo de la nacionalidad española. ¡Quiera Dios que ó las noticias propaladas resulten exageradas, ó que si existe en los actuales momentos la insurrección, sea ella rápidamente y por completo sofocada, y en Cuba lo mismo que en las demás colonias no impere como soberano, más que un solo y único nombre, el bendito y glorioso nombre de España!

* * *

Los graves desórdenes ocurridos en Bélgica y que tan alarmadas tenían á todas las naciones de Europa cuando escribíamos la última *Revista de la quincena*, han terminado ya, gracias al triunfo que en definitiva obtuvo en la Cámara belga, la proposición del catedrático de la Universidad católica de Lovaina, Nyssen, relativa al *voto plural*, ó sea la que ultimamente apoyaba el Gobierno, habiéndose dado en Bélgica el caso, de que mientras había no pocos diputados y senadores católicos que eran partidarios del voto plural, casi todos los liberales se oponían, no ya tan sólo á la concesión del sufragio universal sin restricciones, sino aún á la misma concesión del voto plural, que en definitiva es también una forma de sufragio universal, si bien combinado y corregido con la capacidad y el voto doble de los padres de familia. Por el voto plural todos los ciudadanos belgas mayores de 25 años tendrán derecho á emitir su voto, pero este voto será *simple* cuando el ciudadano no haya obtenido el título de bachiller, ni sea casado y mayor de 35 años, ni propietario de un inmueble de valor mayor que el de 2,000 francos; pero se le concederá un voto más por cada una de estas cualidades que reuna. De esta suerte se opone á los desvarios á que están ocasionadas muchas veces las multitudes, el contrapeso de la propiedad, de la familia y de la instrucción.

No cabe duda que teóricamente considerado, el voto plural

tiene su razón de ser. Pero en las circunstancias especiales que lo ha concedido el Gobierno belga, ¿significa una medida prudente, ó una transacción cobarde? Difícil sería responder hoy por hoy categóricamente á la pregunta, que en la vida de las naciones no es posible juzgar por los éxitos muchas veces aparentes y brillantes de un día, y hay actos gubernamentales que para poder ser debidamente juzgados no basta el transcurso de algunos días, ni siquiera el de algunos meses, sino que es preciso el de algunos años. Recuérdese, sin embargo, lo que ya en el número anterior decíamos, de que el movimiento del pueblo belga reclamando el sufragio universal, si bien en apariencia político, en el fondo era altamente socialista y anárquico, y obsérvese también que durante los últimos sucesos se ha mostrado un grave síntoma de descomposición, que puede tener grave significado y que exigía un enérgico y eficaz correctivo. Nos referimos á lo realizado por las guardias cívicas mandadas por el coronel M. Peeters, que en lugar de cargar contra las turbas como había mandado el general Oultremont, desobedecieron á éste aclamando al socialista Volders. ¿La concesión del voto plural servirá para desarmar al socialismo, ó contribuirá, por el contrario, á darle pábulo?

* * *

Los italianos enemigos del Pontificado, que tan felices promesas se habían hecho con la anunciada visita de los Emperadores de Alemania á los Reyes de Italia, y que con tanto entusiasmo procuraron recibirles, por la esperanza que acariciaban de un reconocimiento explícito de la unidad italiana, tanto más cuanto en los últimos tiempos se ha venido atribuyendo á León XIII una actitud hostil á la triple alianza, han visto defraudadas todas sus esperanzas. El haber querido Guillermo II visitar á León XIII con excepcional y extraordinario esplendor; y sobre todo el exquisito cuidado puesto por los Emperadores alemanes, en no realizar acto alguno que pudiera implicar el menor desconocimiento de los derechos y prerrogativas del Santo Padre, hasta el extremo de no querer ir directamente al Vaticano desde el Quirinal, sino desde la Legación de Prusia, mandando á buscar expresamente de Berlín sus mejores carrozas por no querer utilizar las del Rey Humberto en su visita al Pontífice; ha exasperado de tal suerte á los elementos libre-pensadores de Italia que uno de sus más importantes órganos en la prensa, que pocos días antes se mostraba muy satisfecho de la visita de los Emperadores alemanes á Roma, en uno de sus últimos números preguntaba: «¿Es que Guillermo II ha querido hacernos servir de juguete, tomando como pretexto las bodas de plata de nuestros Reyes, para poder realizar una visita á León XIII y prestarle espléndido homenaje de Soberano?»

No debemos nosotros contestar á la pregunta, pero sí afirmaremos que no tan solo la visita de los Emperadores á Su Santidad ha sido el acto que revistieron de más solemnidad y esplendoroso ceremonial, sino que desde que aquella visita tuvo lugar ha sido el hecho que más ha ocupado la prensa de todos los pueblos sin distinción de matices, y el que más ha dado que meditar á los diplomáticos de todas las naciones, dejando eclipsados todos los demás acontecimientos habidos en Italia, con motivo de las bodas de plata, de Humberto y Margarita.

Cinco cuartos de hora duró la visita de los Emperadores de Alemania á León XIII, durante la que sólo media hora estuvo presente la Emperatriz, quedando luego solos Guillermo II y León XIII. La prensa nacional y extranjera refleja la curiosidad extraordinaria de todas las potencias, por saber la conversación que medió entre los dos egregios interlocutores. Lo único sin embargo que ciertamente se sabe, es que la entrevista fué más cordial y afectuosa todavía que la de 1888; que Guillermo II habló al Santo Padre de la encíclica sobre la cuestión social que manifestó saberse cuasi de memoria; que el Emperador procuró prolongar cuanto le fué posible la conversación hasta que León XIII puso fin á ella; y que al despedirse el Emperador alemán trató de besar la mano al Santo Padre, pero éste la retiró estrechando la del joven Monarca. Al salir del Vaticano la comitiva imperial con todo el mismo espléndido ceremonial con que había entrado, León XIII hizo lo que todavía no había hecho durante su pontificado, aproximarse á una ventana para ver el desfile de la comitiva imperial; pero al advertir la muchedumbre la presencia de la sagrada figura de León XIII, prorrumpió en entusiasmas y delirantes aclamaciones que obligaron al Santo Padre á retirarse para sustraerse á aquella delirante y frenética ovación.

Los italianísimos han visto pues frustradas todas sus esperanzas, al creer que la visita de los Emperadores alemanes habría de ser favorable al reconocimiento de Roma como capital de Italia, y hostil á los intereses del Pontificado. Si algo ha resultado de ello, es bien cierto lo contrario, pues Guillermo II al querer que su visita al Pontífice revistiera todo el esplendor y magnificencia de la visita de un Soberano á otro Soberano, al rehusar las carrozas del Rey Humberto para dirigirse al Vaticano, y al querer que constara que se dirigía al Vaticano, no desde la residencia de Humberto, sino desde la Legación de Prusia, vino á reconócer no como terminado, sino por el contrario, como subsistente el conflicto originado con el despojo sacrilego cometido en 1870.

*
*
*

El célebre golpe de Estado dado por el joven Rey de Servia Alejandro, parece que ha sido bien recibido no tan sólo por los

servianos, sino por las demás potencias europeas. Los diplomáticos se pierden en conjeturas, sobre quién pudo ser el inspirador de aquel acto, ya que dada la joven edad del Rey, es difícil por no decir imposible, que fuese debido á la propia iniciativa del joven Monarca; y mucho menos es de creer pudiera ser él mismo quien dirigiera la ejecución, ya que tanto por su naturaleza, como por la manera perfecta como se llevó á cabo, presupone una persona de muchísimo talento y muy experimentada en los negocios de Estado, al frente de la conspiración que de tan perfecto éxito se vió coronada. Quien cree ver en ello la mano oculta de Rusia, quién supone que el éxito del golpe de Estado se debió al talento de conspirador del actual Presidente del Consejo Dokitch, que obraba desde largo tiempo en connivencia con el ex-monarca Milano; quien en fin lo supone debido á la ex-reina Natalia, que es en realidad de verdad la persona que ha tenido siempre mayor ascendiente sobre su hijo Alejandro. Sea de ello lo que fuese, es innegable, que la conspiración estaba admirablemente urdida, y que el joven Rey Alejandro ha revelado excepcionales condiciones de Monarca. En Servia lejos de perturbarse el orden, ha renacido la tranquilidad y la confianza, y cuantas noticias se reciben, reflejan que el pueblo serviano se promete con el reinado de Alejandro II días muy prósperos. De otra parte, ni Rusia ni Austria contra lo que en un principio temieron algunos, han reclamado la menor intervención en los sucesos de Servia, limitándose una y otra á contemplar la manera ordenada como se han ido desarrollando.

Ha transcurrido ya el día 1.º de Mayo, fecha que por diversas razones, parece que debiera ser, como durante centenares de años fué, esperada con alegría, pero que desde el año 1890, en que quiso convertírsela en la gran fiesta del trabajo, se ve venir con temor y zozobra. La del presente año, sin embargo, ha transcurrido afortunadamente en perfecta calma. A la hora en que escribimos estas líneas, ninguna noticia se ha recibido ni de España ni del extranjero que acuse ningún grave desorden. En España, como en Francia, Alemania, Austria é Inglaterra, han sido muchísimos los obreros que no han querido interrumpir sus faenas ordinarias. Los demás proletarios han querido celebrar la que apellidan «fiesta del proletariado.» Sin embargo su celebración ha quedado reducida á unos cuantos meetings, en los que se han pronunciado discursos más ó menos violentos contra la burguesía, pero á diferencia de lo sucedido en anteriores años, la cosa no ha tenido mayor alcance. ¿La mayor languidez que de las fuerzas socialistas y anárquicas se ha notado en el año presente, con respecto á los anteriores, es signo de decadencia de las ideas anárquicas y socialistas? Así lo ha afirmado uno de los

periódicos que se dice ser el de mayor circulación en España, y bien desearíamos no anduviese en ello errado el periódico democrático á que nos referimos. Nos es difícil, sin embargo, opinar de la misma suerte. No importa la calma aparente que en ciertos momentos presente el desarrollo de una idea. Ni siquiera las ideas más fecundas se desarrollan en pocos meses, ni en pocos años. Necesitan tomar sus puntos de reposo, pero cuando ellas tienen base en el corazón humano, no tardan en reaparecer con mayores bríos y con mayores fuerzas. Los gérmenes del socialismo y del anarquismo se han echado con profusión en la sociedad; y ó se han de aniquilar los gérmenes, ó éstos han de dar tarde ó temprano sus frutos. Se ha enseñado al obrero, y se le permite enseñar todos los días, que no hay Dios, ni premios ni castigos de una vida futura. Se procura desterrar de todas partes los principios religiosos y con ellos el santo y fecundo principio de la caridad cristiana, sin la que el poderoso estruja y oprime al débil, y el débil fomenta en su corazón odio implacable al poderoso. En esta situación, hay que reconocer la perfecta lógica con que el obrero exclama: «Si no hay más vida que la presente, yo quiero vivir, quiero gozar, quiero un lugar en el festin de la vida, sin que me importe conculcar eso que se llama orden, autoridad, virtud y derecho, y que no son más que una colosal mentira, inventada para la explotación del hombre por el hombre.» Para que la anarquía deje de amenazar á la sociedad, es menester ó que se muden por completo las leyes que rigen á la humanidad, ó que las sociedades europeas se encaucen nuevamente por las vías religiosas que en mal hora abandonaron. Lo primero no es posible; lo segundo es posible, pero ¿es probable?

N. P. y D.

LOCURAS

Hemos dudado más de una vez, si una persona que nacida y educada en el seno del Catolicismo haya apostatado después, pasándose á las filas enemigas, puede ser una persona honrada, no ya en el sentido de aquella honradez sobrenatural que la fe comunica y de la que habla el insigne Valdegamas, que bajo este punto de vista no cabe duda que la honradez les falta, sino aún en el ordinario y natural sentido con que se emplea la palabra honradez, ó sea, en el de ser una persona incapaz de dañar á nadie, de quitar á nadie lo que es suyo, de faltar á la honestidad de la vida, de perturbar la tranquilidad de ninguna familia, de faltar á la palabra empeñada, etc. Pero si de ello podemos dudar, de lo que no nos cabe duda, es de que la pérdida de la fe, ocasiona cuando menós una obcecación tan grande de la razón hu-

mana, que ahogando hasta la voz del sentido común, mientras de un lado los *sabios* caen en las más grandes aberraciones de la inteligencia, los pueblos llegan hasta el extremo de perder el instinto de su propia conservación.

Repetidas y continuadas son las pruebas que de ella nos ofrece la sociedad actual, y acaba de darnos una nueva prueba de lo último, la capital de la vecina República, rechazando nuevamente de los hospitales á las Hermanas de la Caridad.

Hace ya algún tiempo que el pueblo de París, víctima de las doctrinas revolucionarias y ateas que tanto arraigo han alcanzado en Francia, quiso borrar de todas partes la Cruz Redentora, esa enseña santa del bien y única bandera que lleva consigo la caridad verdadera. Llevó hasta tal punto sus odios de secta, que temiendo que la presencia en los hospitales de esa figura sublime que tantas veces han cantado los poetas, llamada Hermana de la Caridad, pudiera despertar en el ánimo del desvalido enfermo sentimientos de amor á la Religión que las *hermanas* crea, quiso sustituirlas con las enfermeras laicas.

El cambio se realizó hace ya algunos años. La enfermera laica, retribuida, con determinadas horas de asistencia á los enfermos, y luego otras horas para poder cuidar de los quehaceres de su casa ó quizás para entregarse al deleite y hasta tal vez al vicio, sustituyó á la nobilísima hija de S. Vicente de Paúl, á ese ángel de la tierra, mensajero de la Providencia; á esa criatura sublime apellidada Hermana de la Caridad, cuya simple existencia constituye un prodigio perenne de amor y uno de los monumentos más magníficos que atestiguan la verdad y sublimidad del Catolicismo.

Al verificarse el cambio, los corifeos de la masonería prometieron al pobre pueblo de París, que nada perdería con él. Dijéronle unos que la filantropía atea para nada necesitaba de la caridad cristiana y que el sentimiento *altruista* descubierto por la filosofía moderna, era muy superior al precepto de amor al prójimo inculcado por la ley de Dios. Dijeron otros que la retribución de la enfermera laica, y la amenaza de despedirla si faltaba al cumplimiento de sus deberes, era garantía más segura de solicitud en el cuidado de los enfermos, de los huérfanos y de los desvalidos, que el sentimiento religioso que inspiraba á las Hermanas de la Caridad ¡Infelices! Caridad que se compra, caridad que se paga ó se remunera, jamás ha sido caridad. Ni el amor ni la caridad, cuando son amor y caridad verdadera, se cuenta ni se mide. ¿Cuándo un servidor asalariado podrá, no ya superar, pero ni siquiera igualar al enamorado amante? Una mujer con esposo é hijos propios á quienes cuidar, con quehaceres particulares á que atender, que se sitúe junto á la cuna del recién nacido, ó junto al lecho del moribundo, ó á la cabecera del enfermo, y allí con amor de madre limpie sus cuerpos y

cure sus llagas, sin miedo á contagiarse la enfermedad terrible á sus propios hijos cuando vuelva á su hogar, sin que un sólo instante deje de estar su rostro sereno y apacible y sin que si una palabra de sus labios brota deje de ser de resignación y consuelo, si esa mujer existe, que no la conocemos, será un caso extraordinario, una excepción. Buscad en cambio una hija de San Vicente de Paúl, que así no sea, y os será difícil hallarla.

Necesitábase todo el loco desvarío y todo el odio infernal de secta, para arrojar de las mansiones del dolor humano, á las Hermanas de la Caridad. La experiencia ha puesto de relieve lo que es la filantropía y lo que era la caridad. Las últimas estadísticas sacadas de los hospitales, asilos y casas de beneficencia de París, hablan con una elocuencia terrible. Pero el pueblo de París ha perdido la fe y Dios le ha castigado con el vértigo de la locura. Pudiendo ver no quiere mirar, ni quiere escuchar pudiendo oír.

Las últimas estadísticas enseñan que se ha gastado triple para cuidar igual número de enfermos. Que son diarios los escándalos cometidos por las enfermeras laicas. Que en el cuidado de los enfermos falta la ternura y la abnegación heroica de las Hermanas de la Caridad. ¿Cómo podía ser de otra suerte, si entre la filantropía y la caridad, media la misma distancia que entre el oro y el oropel? «La filantropía que encarecen los filósofos, dice el eximio Catalina, ama en el hombre al hombre y aún esto es mucho conceder; la caridad y por lo tanto sus hermanas, aman en el hombre á Jesucristo y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador. La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces. La filantropía se compadece de los desdichados que ve ú oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros; la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazón. La filantropía remedia los males que salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas. La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos, allí donde viven sus hermanas.»

En vista de los resultados obtenidos con la sustitución de las hermanas, por las enfermeras laicas, y de que éstas han llegado á convertirse para el pueblo de París en un tipo odioso, al paso que la Hermana de la Caridad había sido siempre verdaderamente popular, algunos ciudadanos de París, piadosos católicos, deseosos de libertar al pueblo de la tiranía horrenda en que le tienen sumido los anticlericales, decidiéronse á tomar parte en las últimas elecciones municipales, consignando en su bandera el hermoso programa de restablecer en los hospitales á las Her-

manas de la Caridad, confiando que ello cuando menos les granjearia las simpatías del pueblo. Sin embargo ¡imposible parece! si alguno de aquellos candidatos ha sido elegido, lo ha sido en los distritos ricos en donde apenas se va al hospital, mientras que en los barrios pobres todos los elegidos han sido radicales, es decir, los importadores y mantenedores de las enfermeras laicas.

¿Cómo explicar semejante hecho dentro del buen sentir y del buen pensar? Si el pueblo francés descreído y materializado, aspira sólo al bienestar material, ¿cómo aún bajo este punto de vista, por puro egoísmo, no restablece en los hospitales á las Hermanas de la Caridad, ya que la experiencia ha demostrado evidentemente que ocasionando menores, mucho menores gastos al erario municipal, sólo una tercera parte de lo que las enfermeras laicas, cuidan mejor, incomparablemente mejor á los enfermos? Sólo puede explicarse atendiendo á que el pueblo prestó oídos á las perversas teorías de orgullosos é impíos filósofos y políticos sectarios, y hoy extraviada su razón, perdida su fe religiosa, está ciego y está sordo.

Comprenderíase hasta cierto punto, que las clases acomodadas, los poderosos, los que cuentan con cuantiosas fortunas, queriendo ahogar la voz de sus conciencias, se declararan enemigos de la Religión del Crucificado, que reprime sus vicios y sus concupiscencias, y que les amenaza con terribles penas si en el empleo de sus riquezas no obedecen á la ley de caridad y de amor por Dios impuesta. Pero sólo por una locura y ceguera indecible, sólo por una aberración espantosa de la razón humana, puede llegarse á concebir que sean precisamente los proletarios los que se levanten contra el catolicismo.

Las generaciones venideras no creerán en la prodigiosa locura y en los insensatos furros, que presenciarnos en este siglo por parte de aquellos que hallándose más que nadie necesitados de amor y de misericordia, se levantan contra la Religión santa del verdadero amor y de las inagotables misericordias, y que clamando por la igualdad entre los hombres, insultan y desprecian la única Religión que hace á todos los hombres iguales. Lo repetimos, los proletarios, en nuestros días, están ciegos y están sordos. Si un día abren de nuevo sus ojos á la luz, ellos serán á no dudarlo los primeros que arrojarán lejos de sí á la maligna falange de embaucadores políticos y sectarios, para entregarse á los maternales brazos de la Iglesia Católica, única que de verdad, proporciona al pobre consuelo en sus tribulaciones, refrigerio á sus cansancios y satisfacción á sus necesidades, y única á la vez que de una manera ordenada, sin trastornos ni violaciones de derecho, sabe sacar las riquezas de los poderosos, para distribuir las equitativamente entre los necesitados.

N. P. y D.

EL POETA ZORRILLA

III.

Menéndez Pelayo ha sido, tal vez sin pretenderlo, quien con mayor exactitud y más gráficamente, ha diseñado y puesto de relieve la personalidad literaria de Zorrilla, cuando en admirable circular á los españoles é hispano-americanos, nos invitó á que diéramos nuestro óbolo para levantar al gran poeta un monumento digno de su genio, indicando que en dicho monumento deberá figurar sobre la cúspide, la estatua de Zorrilla, y más abajo, en torno al pedestal, las del Duque de Rivas, Espronceda, Hartzenbusch y García Gutiérrez.

De esta suerte, se coloca á Zorrilla en el lugar que realmente le corresponde, y el monumento así construido, por mucho que valga como obra de arte, tendrá aún mayor importancia desde el punto de vista histórico-literario, toda vez que será como el simbolo de todo un periodo en que Zorrilla logró destacar en primer término.

En efecto; grandes fueron el autor de *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, el de *El Diabolo Mundo*, el de *Los Amantes de Teruel*, el de *El Trovador* y algunos otros; mas á todos supera Zorrilla, no solamente por virtud de talento y fecundidad, sino por algo que concede Dios á contados mortales y en señaladísimas ocasiones: por el genio. El genio levanta á Zorrilla hasta el cenit del ideal artístico, y su inspiración se desborda en torrentes de luz y de cadencias, que fascinan, atraen, embelesan y sumen al corazón en inefable deliquio de inagotable poesia. Zorrilla, con su genio, abstráese de cuanto le rodea y nos retrotrae á las edades que fueron y canta las pasadas grandezas de la patria, y nos restituye á la fe ardentísima de nuestros padres. Y aquí, aquí es donde precisamente se revela el poeta en toda la plenitud de su estro; aquí es donde su musa impera con soberanía absoluta.

Zorrilla es el astro mayor de los románticos de su tiempo, en cuanto revolucionóse contra el espíritu de escuela; y es el poeta nacional por excelencia, en cuanto encarnó mejor que nadie el genio español en su época de mayor realce, en los albores de la Edad moderna, bajo el imperio de Carlos I y de Felipe II.

Al romanticismo determinista del Duque de Rivas, al romanticismo sensual y pesimista de Espronceda, opone Zorrilla la realidad objetiva de los tiempos que fueron, divinizada por la fe del poeta creyente. Por esto, en aquella época de literatura heterogénea, *confeccionada* del modo que describí en mi artículo anterior, cuando se escribían obras y obras que pasaban como fugaces relámpagos—salvo rarísimas excepciones;—cuando todo esto era cosa corriente, irguióse de pronto la privilegiada musa

de nuestro poeta, iluminando con resplandores perennes el comienzo de una nueva época. Esta época empieza en Zorrilla y acaba con él.

En un principio quiso el autor de *D. Juan* dejarse llevar de la avalancha de los tiempos, corresponder al medio moral en que se hallaba sumergido y rendir párias á la autoridad de los maestros, sobre todo de Espronceda, á quien habia llegado á considerar como semidios: tanteó, en una palabra, el excepticismo pesimista, pretendió arrancar del alma ayes doloridos, hacer que destilara el labio deijos amargos, y no salió con la suya, no obtuvo éxito, porque no estaba en su centro. Hombre de fe, no podía inspirarse en los atrevimientos y desmanes de una musa irreligiosa; alma genuinamente española, jamás supo identificarse con Victor Hugo, Lamartine y Byron, tan en boga á la sazón en nuestra patria; escritor de nuestros días, que dominaba el lenguaje en su mayor grado de adelanto, suelto en el pensamiento y en la forma, habian de parecerle opresores los discreteos alambicadísimos de nuestro insigne Calderón de la Barca. Así anduvo encogido y vacitante, hasta que llegó el día feliz en que, abstraído de su propio ser, contempló el Universo á través de los diáfanos celajes de purísima atmósfera; miró á la humanidad caminando incesantemente hacia sus inmortales destinos, y recordando el origen de la Creación y la suprema dignidad del hombre, extasiado exclamó:

«¡Bello es vivir! la vida es la armonía,
luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego iluminando el día,
aire de aromas, flores apiñadas.

¡Bello es vivir! se siente en la memoria
el recuerdo bullir de lo pasado;
camina cada sér con una historia
de encantos y placeres que ha gozado.»

Desde este momento Zorrilla es dueño del porvenir; ya no rebuscará amarguras en el fondo de su alma, sino que, abrazado á su ideal, se remontará hasta el Sér Supremo; escalando el Universo. *Dios* y *España* será su lema, y fiel al mismo, sus obras estarán animadas por el espíritu cristiano y cantarán, no la actual España caduca é inerte por culpa de todos, sino aquella España gloriosísima y todavía reciente, de Carlos y de Felipe, dominadora del mundo y en cuyo territorio nunca se ponía el sol. Dios y España: este será el objeto preferente de sus admirables leyendas, en cuyo género no habrá quien pueda rivalizar con él. Ya ve claramente Zorrilla su destino, ya se siente poseído de su misión. En medio de los trastornos de nuestra época, entre el hervor de las múltiples pasiones que conmueven al mundo; ante una sociedad ebria que corre afanosa tras nuevas sensacio-

nes, él hará oír su voz que, evocando el pasado, nos mostrará lo que fuimos, para que veamos lo que todavía podemos ser; él cantará nuestras antiguas grandezas, injustamente despreciadas por los atolondrados que blasonan de modernistas.

«Los que vivís de alcázares señores,
venid, yo halagaré vuestra pereza;
niñas hermosas que morís de amores,
venid, yo encantaré vuestra belleza;
viejos que idolatrais vuestros mayores,
venid, yo os contaré vuestra grandeza:
venid á oír en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

Ven á mis manos, ven, arpa sonora:
baja á mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión pagana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia:
respetaré su ley y sus altares:
en su desgracia al par que en su opulencia
celebraré su fuerza ó sus azares;
y fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.
¡Tierra de amor! Tesoro de memorias,
grande, opulenta, y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias
y hollada azaz por la fortuna impía!
Yo cantaré tus olvidadas glorias;
que en alas de la ardiente poesía,
no aspiro á más laurel ni á más hazaña
que á una sonrisa de mi dulce España.»

¿No es cierto que en estas estrofas grandilocuentes—que forman parte de la Introducción que puso el poeta á sus Obras—está como condensado todo un programa; se resume todo un ideal? ¡Y cómo palpitan de vida los versos trascritos; cómo impresionan al alma; cómo la encienden en fuego patrio y cristiano; cómo delatan á gritos un corazón sincero y henchido de santas creencias, de sublimes recuerdos! Pues ese mismo espíritu se revela en todas las obras de Zorrilla; á ese bello objetivo consagra todas sus potencias. Por esto, en la Invocación de su grandiosa leyenda *Margarita la Tornera*, toma por musa á la Virgen María, para que le inspire los más puros afectos y losacentos más delicados; por esto, irritado ante el espectáculo que ofrece el neo-paganismo reinante, al compararlo en *La Azucena silvestre* (leyenda montserratina) con la fe religiosa de Garin, prorrumpe en este brillante apóstrofe:

«Inspiración del que canta
torpes y profanas trovas:
inspiración del que pinta
desnudez escandalosa:
inspiración del que á mármoles
da provocativas formas,
¡á esta inspiración postraos
que es más santa que vosotras!

*Dios es el genio: y dende él
no enciende su luz radiosa,
ni hay inspiración ni hay genio;
no hay más que miseria y sombras.»*

Este es Zorrilla; aquí se revela toda su alma. Hojéense todas sus obras, particularmente sus leyendas, y en todas ellas se verá su estro consagrado á la Religión y á la patria en su más álgido período de esplendor.

Y como estos dos sentimientos, junto con el respeto y veneración á la mujer—del que ya tendremos ocasión de hablar más adelante—constituyen la esencia del carácter español, sobre todo cuando no había invadido nuestra patria el cosmopolitismo reinante; y como el carácter español alcanzó su mayor relieve en la época que Zorrilla nos describe, de aquí que nuestro poeta haya encarnado mejor que nadie el genio nacional; de aquí que en aquella época, y sólo en ella, encontrara Zorrilla el más rico venero de inspiración; porque debía unir con el dulce lazo de la poesía nuestro glorioso pasado á la realidad presente; porque los brillantes reinados que afianzaron en nuestra España la Casa de Austria, debían tener un cantor digno de sus glorias.

Ni se limita Zorrilla á evocar personajes aislados, sino que retrata toda una sociedad, tal como fué, con caracteres exactos y completos, reconstruyendo la Historia como nadie lo había logrado en el cielo del Arte, porque nadie ha intentado sobre tan vasto campo y con tal abundancia de materiales, tan grandiosa obra.

De dónde se sigue que Zorrilla es el poeta nacional por excelencia, y merecé ocupar entre sus contemporáneos el sitio preeminente que Menéndez Pelayo con singular tino le asignara.

J. BURGADA JULIÁ.

EL HUÉRFANO

Mis ojos fatigados
Ay madre, ya no lloran,
La tristeza mis párpados quemó;
¿Por qué, madre querida,
Solito en este mundo
Tú cariño bendito me dejó?

Vagando por las calles,
De un pueblo maldecido,
Un mendrugo de pan pidiendo voy;
Y me lo niegan madre,
Y dícenme los ricos
Que sólo estorbo é ignominia soy,

¿Será larga esta vida
Que arrastro miserable
Sin encontrarme nunca junto á tí?
¿Será largo el tormento
Que sufre el pecho mío
Desde el día fatal que te perdí?

Quando la noche estiende
Sus sombras pavorosas
Y me retiro solo al pobre hogar,
Aún pienso encontrarte
Llorando, pobre madre,
Llorando de alegría y de pesar.

Mas ay! nunca te hallo;
En vano el pecho mío
Te llama con suspiros de dolor:
¿Por qué en mis soledades
Si me oyes, no respondes
A los ayes del hijo de tu amor?

Aquí solo en un mundo
De gente sin entrañas
Devoro amargamente mi pesar;
Que en esta tierra ingrata
Es cierto, madre mía,
Que la vida del huérfano es llorar.

¿Jamás en tu regazo
En horas menos tristes
Mi cansada cabeza apoyaré?
¿Jamás de tus besitos
En lágrimas mezclados
Las suaves delicias gustaré?

¿Hasta que pío el cielo
De mí compadecido
El hilo de mi vida cortará,
Mi corazón, ay madre,
Por el dolor rasgado
Tormentos sin alivios sufrirá?

¿Por qué me abandonaste,
En hora tan temprana?
¿No llenaba mi amor tu corazón?
¿Mi pecho no latía
Quando latía el tuyo?
¿No era yo tu única pasión?

Yo hubiera mendigado
Nuestro común sustento
Con rostro lastimero y tierno afáu;
Yo hubiera dicho al rico
Con tono suplicante:
"Mi pobre madre sufre; dadme pan."

Y hubiérate traído
Las migas de su mesa
Benditas por las manos del amor,
Y hubiéramos vivido
Felices, madre mía,
Felices en las sombras del dolor.

Y tú hubieras pagado
Mi filial anhelo
Con abrazos más dulces que el pla-
Y hubieras estampado [cer,
Cien besos en mi frente
Que dieran á mi alma un nuevo sér.

Mas hoy si entre miserias
Que carcomen mis carnes
En no compadecida desnudez,
Percibo en redor mío
Famélicos fantasmas
Chupar la sangre de mi flaca tez;

Si vivo, y en mis ansias,
De un porvenir siniestro
Mi patrimonio es correr en pos,
Ay madre, desde el cielo
Arráncame esta vida
Y l'ámame á la gloria de mi Dios.

R. O. E.

Iguatada 6 de Marzo de 1893.

NICOLÁS EL MÚSICO

La noche es de Enero, muy fría y cruda; la luna, lentamente va hundiéndose en el ocaso; densos nubarrones cubren el cielo como fúnebre manto.

Las calles del pueblo están desiertas; en ellas reina el más

sepulcral silencio, y la luz mortecina que despiden algunos faros, les da un tétrico aspecto.

Mientras todo yace en brazos de la soledad, hiende los espacios, el acento sepulcral de una campana, que suena á intervalos. Las puertas del templo se abren; de pronto multitud de luces iluminan las calles; mujeres, niñas, ancianas, jóvenes, ricos y pobres, postrados en tierra, murmuran una tierna y sencilla plegaria que puede condensarse en esta frase: «Dios dé remedio á sus males»..... Van á administrar el Sacramento de la Comunión á un enfermo, llamado Nicolás el músico....

P

Habitaba en un miserable cuarto de una sucia y estrecha calle, el pobre músico Nicolás, con su querida esposa María y su hijo, rubio y algún tanto moquetudo, que llevaba por nombre Juan.

Nicolás tocaba el violín, y formaba parte de una copla, ganando escaso sueldo, que apenas bastaba á cubrir las necesidades de la familia.

Nicolás, era un gran genio, concertista consumado; y además, su alma atesoraba muchas virtudes, porque era bueno y piadoso.

Sus compañeros, que envidiaban su inteligencia, se mofaban de él, pisoteaban sus plateadas canas; mas el artista sufría y se resignaba.

Las máximas de piedad que su madre le enseñó, habían echado hondas raíces en su tierno corazón, y era imposible arrancárselas.... ¡Era un mártir de la paciencia!

Por fin, le despidieron de la copla, y por tanto, quedó sin medios de subsistencia, pues á los tres días había ya agotado sus pocos recursos, y en su casa no había siquiera un mendrugo de pan seco.

El desgraciado Nicolás, confiando en la misericordia de Dios, tomó el violín y fué de puerta en puerta pidiendo limosna.

Las composiciones revelaban la tristeza de que su alma estaba poseída; mas todos permanecían sordos á sus súplicas; nadie alargó la mano al infortunado y viejo músico; el cual regresaba triste y meditabundo á su casa, y cuando iba á subir el primer peldaño, el dolor le anudaba la garganta, y las lágrimas rodaban por su flaca y arrugada cara.

¡Qué compasión debía causar el ver á aquel anciano llorando como un niño, con la cabeza cubierta con un mugriento hongo; vestido con una raída levita, medio descalzo, en completo descuido los escasos cabellos, desaliñados el bigote y la barba!

Se revistió de valor; enjugó las lágrimas y subió la escalera; llamó á la puerta de su cuarto y aparecieron en el dintel María y Juan. Nicolás sin pronunciar palabra, entró y se sentó en una silla junto á la mesa, en la cual iba extinguiéndose paulatinamente la oscilante llama de una bujía.

La esposa comprendiéndolo todo, exclamó:

—¡Nicolás! ¿ni un mendrugo de pan para nuestro hijo?

—Nada, esposa mia, nada,—responde el artista con acento triste.

—¡Pan, padre, pan! tengo hambre;—clama Juan arrojándose á las plantas de su padre y estrechando con violencia sus manos.

—¡Hijo, no ahondes más mis penas! Confía en la divina Providencia.

¡Desgarradora escena!

La madre, deshecha en llanto y arrodillada ante una imagen del buen Jesús, ora. Nicolás, besa repetidas veces á su hijo, cual si lo fuese á perder para siempre.

En el reloj de la iglesia dieron las nueve.

—Aún hay esperanza—dijo Nicolás, haciendo un esfuerzo supremo;—ea, acostaos y dormid tranquilos, mientras yo ensayo una composición que podrá darnos algún dinero.

Maria y su hijo se retiraron.

El viejo músico, asomado á la ventana, afinaba el violín.

El astro de la noche, con sus plateados rayos iluminaba todo el aposento; el cielo estaba limpio y tachonado de brillantes estrellas.

Tan preocupado estaba Nicolás, que no pudo oír una querrela que en la calle se suscitaba.

—Es verdad, decía uno.

—Mentis, infame, decía el otro.

—¿Yo infame? ¡Jamás!—y sacando de su seno una pistola, iba á matar á su difamador, cuando ambos quedaron extasiados por algo de que no se daban cuenta.

Era que el músico tocaba su hermosa y celestial composición; con una maestría y dulzura tal, que dejó absortos á los dos sujetos.

Al ruido de las palabras que los dos combatientes se trabaron, acudieron al lugar los guardias municipales quienes prendieron á los dos llevándolos á la cárcel del pueblo.

Nicolás, nada advirtió.

Al romper el día recibió una carta concebida en estos términos:

«Muy Señor mío: Os ruego acepteis esta pequeña cantidad. No queráis saber mi nombre. Sólo os diré que vos habeis salvado la vida á quien más tarde ya conoceréis.—M. L.»

Y dentro de la carta había un papel de 100 pesetas.

Del asombro y alegría de Nicolás después de leída la carta, no hay para qué hablar. No comprendía cómo hubiese podido salvar la vida á un hombre, y esta duda no dejaba de atormentarle; pero se consideraba dichoso con aquel dinero, que podía sacarle de apuros.

Desde aquel momento en aquella casa reinó el bienestar.
 La composición del padre de Juan valió mucho dinero y obtuvo un éxito asombroso.
 Cada mes recibía la familia 100 pesetas de su anónimo bienhechor.

II.

Habían trascurrido seis años, en medio de la dicha más grande, pero sin que aquél se hubiese dado á conocer.

Nicolás, apesarado por los años, postróse en cama, y viendo que la muerte iba á cortar el hilo de su efímera existencia, pidió un confesor, y con lágrimas en los ojos se preparó para la vida eterna.

Al rededor del enfermo hallábanse María y su hijo, tristes y cabizbajos.

—María,—dijo Nicolás con voz ahogada é incorporándose en el lecho,—cuánto tarda el Señor!

—Nó, querido esposo mío, pronto estará aquí.

Efectivamente, a los pocos minutos el enfermo pudo recibir el Santísimo Sacramento, á la par que los circunstantes balbuceaban oraciones que como incienso subían al trono del Altísimo.

El cortejo fué desfilando, y sólo quedaron en el aposento María y Juan, un sacerdote y un desconocido.

Mientras madre é hijo se abrazaban llorando, el sacerdote alentaba al enfermo.

El desconocido, de pie y fijos los ojos en el músico, parecía como que quisiera hablar y no se atreviese.

Nicolás dirigió una mirada en torno suyo, y al ver la desolación de su familia, exclamó:

No me espanta, no, bajar á la tumba; lo que aflige y atormenta mi corazón, es el pensar que os dejo desamparados en ese valle de tristezas. Mas yo desde el Cielo constantemente rogaré á Dios por vosotros... Lo único que me pesa en estos supremos instantes, es no conocer y no poder estrechar entre mis brazos á nuestro bienhechor, que mil veces sea bendito.

Al oír esto el desconocido, se abalanzó al enfermo, exclamando con acento de suprema ternura:

—¡Nicolás! ¡Nicolás!

Este abrió los ojos y miró á aquel hombre como diciéndole: «¿sois vos?»

—Sí, yo soy aquel á quien salvásteis la vida.

—¿Qué decís?

—Escuchadme bien. Una noche, bajo vuestra ventana, llamé infame á un hombre. Este, exasperado, sacó un arma de fuego, é iba á matarme irremisiblemente, cuando una música celestial extasió nuestras almas. Erais vos, que hacíais vibrar las cuerdas del violín con singular maestría.

A los pocos momentos y á los gritos acudieron los guardias y evitaron la pendencia. ¿Ahora direis que no me salvasteis de la segura muerte?

Nicolás quedó asombrado, y dirigiendo sus miradas al Cielo, rezó:

Luego no pronunció ni una palabra.....

III. A muertos tocan las campanas de la iglesia.

Nicolás el músico ha volado á las regiones del Edén, ciñendo su frente una aureola de gloria, después de ser mártir de la pasiencia.

María y Juan vivieron decentemente protegidos por Manuel. La muerte del músico fué llorada siempre.

IV.

Cada año, en el día de la Conmemoración de los difuntos, se veía á tres personas arrodilladas en la fría tumba, ofreciendo flores del corazón para el alma de Nicolás.

Eran María, Juan su hijo, y Manuel, su deudo y protector.—

J. G.

Examen crítico de la Resurrección de Jesucristo

(Conclusión).

Se necesitaba un valor muy grande y muy poco conforme á la timidez que hasta entonces habían mani.estado los apóstoles, para pensar nada más el proyecto de quitar del sepulcro el cuerpo de Jesucristo, precisamente cuando aún, humeaba su sangre en el Calvario. El sólo número de los complicés hacia imposible la realización del pensamiento; y todos los que declaran haber visto á Jesucristo resucitado, así hombres como mujeres, debían estar en el secreto. Era imposible hacer convenir á tantas personas en esta falsa declaración, sin estar persuadidos de que el cuerpo estaba en parte segura, y que jamás podría ser presentado. ¿Era prudente, era posible hacer depositarias de esta confianza á más de quinientas personas? Una sola que no hubiera accedido á la propuesta, ó que se hubiese arrepentido después, no sólo bastaba para destruir todo el efecto de la empresa, sino para entregar á sus autores al más cruel suplicio. Todo es aquí imposible. Imposibilidad de confianza en tantas gentes; impo-

sibilidad de consentimiento en todos; imposibilidad de perseverancia en muchos ó en la mayor parte.

Cuando se dice que estando durmiendo los centinelas fué robado por los apóstoles el Cuerpo de Jesús, se dice una cosa risible y absurda. Porque ¿no es risible efectivamente que al testimonio de los apóstoles se oponga el testimonio de hombres dormidos? ¿No es un absurdo que hombres que duermen mientras sucede un hecho, puedan contar de una manera pormenorizada cómo ha sucedido? ¿Era posible que no despertase alguno de los soldados al romper el sello, al quitar la losa del sepulcro, que era una gran piedra, al tomar el cuerpo, al huir con él, y el ruido de los hombres que para llevar á cabo la empresa se necesitaban?

Es preciso notar aquí que no fué Pilatos, sino el Sanhedrin quien escogió los soldados que habían de custodiar el sepulcro; y poniendo centinelas con el solo objeto de que los discípulos no pudiesen robar el cuerpo para decir después que había resucitado, se deja conocer que los jefes de los judíos tendrían buen cuidado en escoger los soldados más incorruptibles, los más vigilantes los más adictos á su partido, y los más propios para impedir que se llevase á efecto el fraude que se trataba de evitar. Claro está que se comunicarían á los soldados las más estrechas órdenes, y se les daría para ello una consigna severa. La misión de estos soldados debía ser corta. El día y la noche del sábado eran únicamente cuando debían estar vigilando, y en verdad que ese tiempo no es una cosa penosa para hombres robustos, ¿Qué hay de molesto en velar *una sola noche* cuando se espera una recompensa, cuando se teme un castigo, y se cree prestar un servicio á la religión? Es imposible poner un sueño tan general y profundo, cuando había tan grandes razones para no dormirse. Nadie ignora la severidad de las penas militares contra el centinela que falta á su deber. Los soldados que guardaban á San Pedro cuando este apóstol salió milagrosamente de la cárcel, fueron enviados por Herodes al suplicio, suponiendo que habían dejado escapar al preso. El robo del cuerpo de Jesús era de una consecuencia inmensa; el delito de los soldados, al dormirse, sumamente grave, y el interés del Sanhedrin en castigarlos inhnitamente mayor. La indignación de las autoridades y jefes de los judíos debía ser extraordinaria al ser defraudada su esperanza é inutilizadas todas sus precauciones; el castigo de los delincuentes no debía dejarse esperar mucho. Pero ¿sucede así? Nada de eso; no se castiga ni se hace cosa alguna á los soldados que faltaron á su deber; ni la más ligera pena, ni la más pequeña reprehensión. ¿Es esto posible? ¿puede explicarse de otra manera que suponiendo á esos jefes convencidos de la realidad del acontecimiento?

Además de lo imposible que era á los apóstoles sacar el

cuerpo súbitamente de la tumba, y tomar otras medidas á fin de ocultarle y conservarle; además de ser increíble que no aprovecharan para realizar su pensamiento la noche del viernes al sábado, en que no había guardias aún, y fuesen á verificar el hecho cuando el sepulcro estaba rodeado de soldados, los apóstoles habrían cometido un gran crimen arrebatando el cuerpo de su Maestro, y se habrían hecho dignos de un terrible castigo. No obstante nada se les dice, ni se les busca siquiera para castigarlos. ¿Cómo pudo suceder así, habiendo cometido un delito de tanta gravedad tan interesante para los jefes del Estado, y de tanta importancia para el mantenimiento de la Religión? Esto no pudo tener otra causa más que la certeza que tenía el consejo, de la falsedad del hecho que referían los soldados.

Hay aún más. Pasadas algunas semanas, los apóstoles anunciaban públicamente en Jerusalén al pueblo que está reunido, la resurrección de su Maestro. Empiezan las conversiones á millares: la religión naciente recibe infinitos prosélitos: el Sanhedrin se halla asustado y sorprendido; y todo parece indicar que se va á abrir un gran proceso para la justificación de los judíos y para detener los progresos de la predicación de los apóstoles, probando que el hecho de la resurrección, en que éstos cifraban uno de los testimonios en favor de la divinidad de Jesucristo, era una mentira fraguada por sus discípulos. Pero no sucede así, ni se dice una palabra del pretendido delito. Se hace, si, circular la noticia por la ciudad, pero no se lleva á los tribunales que tenían el derecho, los medios y el interés de averiguar la certeza de la acusación. Los apóstoles anuncian la resurrección cada vez con más fuerza: se les prohíbe que la hagan, y predicán con nuevo valor sin que nada les detenga. En los tribunales, en la prisión, en todas partes refieren el prodigio del sepulcro, y el consejo de los judíos no hace ni la más ligera mención del hecho que han referido los judíos. Circula la voz vaga del robo, pero el Sanhedrin no la confirma con su propia aserción, sino únicamente por el testimonio de hombres *dormidos*.

Hay otro hecho que prueba convincentemente que el gran consejo no creía la fábula del robo del cuerpo de Jesucristo. Habiendo hecho comparecer á los apóstoles ante la asamblea de los judíos, irritada por la firmeza con que San Pedro, á la cabeza de sus hermanos, sostenía la verdad de la resurrección, se trataba de condenarlos á todos por cortar el mal de raíz; pero un doctor de la ley, llamado Gamaliel, personaje muy considerado en la nación, citó muchos ejemplos de partidos que se habían formado y disuelto al poco tiempo. «Poned cuidado, les dijo, en lo que vais á hacer. Si su empresa (de los apóstoles) es cosa de los hombres, caerá por sí misma; y si es cosa de Dios, todo vuestro poder será inútil para sofocarla. Temed ponerlos en contradicción con Dios;» y todos asintieron al dictamen de Ga-

maliei. Ahora bien: si el Sanhedrin hubiera estado convencido del robo atribuido á los apóstoles, ¿hubiera sido atendida la proposición del doctor de la ley?

No es posible detenerse á refutar los demás argumentos que hacen los inerédulos contra la resurrección de Jesucristo porque son tan insignificantes que ni merecen la pena de mentarlos.

Jesucristo ha resucitado..... y he aquí el fundamento de la Religión, y de nuestras más legítimas esperanzas.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

Barcelona abril de 1893.

Patxot, autor de «Las Ruínas de mi Convento»

Atónito me quedé al leer en el número de *El Diario Catalán* (que ve la luz en esta ciudad), correspondiente al viernes 21 de Abril último, un artículo tomado de *El Norte Catalán*, de Vich, y en el cual, bajo el título *El verdadero autor de «Las Ruínas de mi Convento»*, y apoyándose en una patraña publicada en la revista *Las Misiones Católicas*, se pretende que el precioso libro mencionado, no se debe al ilustre literato Fernando Patxot, como hasta aquí se había creído por todos—y se continúa creyendo,—sino al humilde fraile franciscano fray Ramón Baldú, que bajó al sepulcro há pocos meses.

Desde luego que mi estupor no tenía por causa, género alguno de duda, pues mis convicciones en esta materia son demasiado hondas para que me obligue á vacilar un cuentecillo destituido de toda verosimilitud; pero procedía, sí, de la frescura—por no emplear otra palabra—con que se había inventado, reproducido y propalado una especie á todas luces falsa.

Cierto que mientras vivió Patxot, nunca se supo públicamente quién había sido el autor de *Las Ruínas de mi Convento*, por cuanto el castizo escritor, que solía decir: «á muchos les es grata la luz: á mí me deslumbra,» trató siempre de ocultar su nombre, empezando ya por publicar anónimo su libro, sin que figurase siquiera en la portada el pseudónimo *Ortiz de la Vega* con que era conocido en el mundo literario. Empero, alguno de los que trataron al eximio misántropo en sus últimos tiempos, háme asegurado que en el seno de la intimidad, jamás negó Patxot que él fuese el autor del libro de referencia.

Veamos, pues, el razonamiento que emplean los que no quieren que sea Patxot, sino el P. Baldú, el autor de *Las Ruínas de mi Convento* y del apéndice *Mi Claustro*; dice *Las Misiones Católicas*:

«Hemos tenido el gusto de recibir el libro recientemente publicado en Florencia con el título de *Suor Adele e il suo monastero*, traducido libremente del español al italiano por el Padre Marcelino de Civezza, menor observante. Comprenderán desde luego nuestros lectores que se trata de la obrita que años ha se viene leyendo con tanto interés y fruto en nuestra patria bajo el título de *Mi claustro*, por Sor Adela. Excusado es, por lo mismo, que les demos noticia de su asunto, y nada más añadiríamos, aparte de loar como se merece la elegancia de la traducción y el esmero en la parte tipográfica, si no fuese por las importantes revelaciones del respetable Religioso respecto al verdadero autor de la obra citada y de *Las Ruínas de mi Convento*.

A más de las notables variaciones que ha introducido en la narración, debidas tal vez á intimas confidencias que le hiciera el autor para publicarlas á su tiempo, dice el padre Marcelino en el prólogo de la nueva traducción:

«¿Quién no ha leído aquella historia á la vez grata y terrible que, publicada algunos años há en España con el título de *Las Ruínas de mi Convento*, fué traducida en breve á todas las principales lenguas de Europa, y que las ediciones alemana é italiana atribuían á un franciscano, Fr. Manuel de Calasanz?»

«Quién sea el autor de esta perla de la literatura española, hasta hoy ignorado por voluntad del mismo, puedo yo manifestarlo con seguridad. En Abril de 1876 encontrábame en Barcelona hospedado por mi venerable hermano en Religión el P. Ramón Buldú (nombre conocido en toda España): conversando un día con él sobre varios asuntos, le interrogué acerca del verdadero autor del libro *Las Ruínas de mi Convento*, pareciéndome que si era franciscano, como Loning y otros afirmaban, convenía que se hiciese público. Sonrióse al oír mi pregunta y me dijo:

»—A V. se lo revelaré, bajo la palabra de no publicarlo antes de mi muerte.

»Y habiéndome yo asegurado el sigilo, añadió:

»—El verdadero autor lo tiene V. en su presencia.»

«Si tú, lector benévolo, me preguntas: ¿Es acaso cierta esta historia de sor Adela y el fraile? me apresuro á declararte que mi interlocutor no me dejó ninguna duda de su certeza, y que un día visité con él el pueblo y la casa donde nació Adela, teatro de los crímenes que tanto desolaron su alma, crímenes que, repetidos en todos los ángulos de la Península española, la bañaron en sangre fraterna.

Ahora, pues, que puedo manifestar sin reserva el nombre de este Padre venera lísimo, ya difunto, cumplo la promesa de traducir libremente á nuestra lengua esta triste historia, y publicarla; promesa que hice no á él solamente, sino también al ilustre censor de dicho libro en su lengua original, Ilmo. Joaquín Lluch y Garriga, obispo en 1877 de la diócesis de Barcelona y después Cardenal Arzobispo de Sevilla, donde murió.»

Al frente de un capítulo que al fin de la obra añade el traductor, pone un retrato de exacto parecido por el que se viene en conocimiento de que el autor es además el héroe de la historia, que algunos supusieron novela, pues lleva por epígrafe: *Fray Manuel (Padre Ramón Buldú)*.

Cero retrato, el del P. Marcelino de Civezza, y varios preciosos grabados enriquecen la obra, que forma un elegante volumen de 180 páginas en 8.º.

Hasta aquí el P. Civezza y *Las Misiones Católicas*.

Como habrán podido ver los lectores, la cosa se ha llevado á cabo conforme á los últimos adelantos. Hay una afirmación categórica, de las que se imponen *porque sí*, y merced á ella, el P. Civezza da á conocer á los italianos el retrato del P. Buldú, como *autor y protagonista* de las escenas que en *Mi claustro* y en *las Ruínas* se desarrollan; compromete el nombre de un difunto preado catalán, y con aires de imperdonable suficiencia se

permite poner mano en el original, al dar á conocer la obra á sus paisanos.

Y entre toda la hojarasca de explicaciones que nos ofrece el P. Civezza, ¿qué se saca en limpio? Dos declaraciones que allá se van ambas:

1.^a Que en el año 1877, hallándose el religioso italiano hospedado en casa del P. Buldú, éste le confesó que era el autor de *Las Ruinas de mi Convento*.

2.^a Que lo que se refiere en este libro es la pura verdad desde el principio hasta el fin, habiendo sido el P. Buldú protagonista de todo ello.

¿Y en qué se apoyan tales asertos, sobre todo el primero, que en este caso es el más importante? En la autoridad y palabra del P. Civezza, y hemos acabado ya.

Contra lo dicho por este religioso están, más que probabilidades con carácter de evidencia, verdaderas pruebas, así en el orden material como en el literario. Nada vale que el P. Civezza ponga á contribución los nombres del P. Buldú y del ilustrísimo Sr. Lluch, porque no es posible que al primero se le ocurriera declararse autor de *Las Ruinas*, por amor á la verdad y por temor al ridículo; ni el aludido prelado reconoció jamás como autor de tal libro á otro que no fuera Fernando Patxot.

¡Ah! si el P. Civezza hubiese dado más importancia de la que da á la villa de San Felú de Guixols, de cuyo nombre ni se acuerda, hubiera podido percibir allí unánime el sentimiento popular, y hubiera oído de labios de algún anciano la tradición viviente y constante que hace de Patxot y del autor de *Las Ruinas* una sola persona. Allí, en la casa donde nació Adela, es donde pasó aquél su infancia y donde transcurrieron los primeros sucesos de su accidentada vida.

Pero por cima de esto, está la opinión de todos nuestros literatos, ni uno solo de los cuales pone en duda la pertenencia de *Las Ruinas* á Patxot. Que no es cierto, no, que haya incertidumbre en esta cuestión; ni viviendo el autor existía para los que, leyéndole asiduamente, habían podido convencerse de la identidad del estilo de *Las Ruinas* con el de las restantes obras del mismo. Sólo traductores extranjeros que conocían nuestras letras al modo del P. Civezza, pudieron vacilar y atribuir á diversos escritores la celebrada obra; pero desde el momento en que murió Patxot y se evidenció é hizose público que éste era el autor de la misma, quedaron relegados al olvido los restantes nombres, y sólo un italiano, el P. Civezza, después de treinta y tantos años, se ha permitido afirmar lo contrario, sin pruebas de ninguna clase, sin la menor conjetura en que apoyarse.

Tan unánime fué el reconocimiento de Patxot como autor de *Las Ruinas*, que con su muerte quedó roto el secreto para la generalidad, hasta el punto de que en las ediciones póstumas

bien terminantemente ha constado su nombre, sin protesta de nadie, antes con asentimiento de todos los críticos.—El ejemplar que yo poseo, perteneciente á la sexta edición y al año 1871, lleva al frente el retrato del autor, al pie del cual se lee: «Fernando Patxot (*Ortiz de la Vega*).» Además, hay una nota que dice: «Es propiedad.—Dirigir los pedidos á J. Ant. Patxot.» Y ahora digo: en el falso supuesto de que no fuera aquél el verdadero autor, ¿cómo se explicaría que la obra hubiese pasado á ser propiedad de sus descendientes? Tratándose de una producción, por su misma resonancia eminentemente lucrativa, claro es que su autor había de querer guardarla para sí y para los suyos.

— Pero hay además en favor de Patxot, un argumento decisivo en el terreno literario: la obra, considerada en sí misma y en relación con su autor: el estilo, las galas de la imaginación, los pensamientos; todo, en fin, lo que constituye un carácter literario. En todos los escritos de Patxot campea, con más ó menos variaciones, según la índole de los mismos, el lenguaje espontáneo, terso, sobrio, castizo, propiamente cervantino, que admiramos en *Las Ruínas*; y en cambio, no hay una sola frase del P. Buldú que se le asemeje. Cabalmente Patxot es inconfundible; es de aquellos autores que, dotados de gran personalidad, no pueden impedir que se revele á cada paso.

— Fuera de esto, ¿de cuándo acá háse descubierto la vena artística del P. Buldú? Escritor apreciable como apologista y controversista, jamás se le hubiera ocurrido á nadie más que al P. Civezza, el que hubiese podido ser acariciado por el soplo de la inspiración; y hombre predominantemente práctico y prosáico—según declaran los que le trataron—no era fácil que se dejase halagar por la tierna solicitud de la candorosa Adela, ni que sufriese los epilépticos desvanecimientos del incorregible Manuel. Por el contrario, el carácter personal de Patxot se avenía perfectamente con el talante novelesco de ambos personajes, y á través de su rostro sombrío, de sus ojos tristes, podía adivinarse un mundo de recuerdos, de aquellos que en el alma dejan huella y mueven la pluma del escritor de raza.

De suerte, que el asenso constante y universal, la autoridad de la crítica, las pruebas más evidentes, el carácter literario de la obra, y el individual de los escritores puestos en parangón, están á favor de Patxot y rechazan, por ende, las gratuitas suposiciones del P. Civezza.

— Aquí daba yo por concluido este artículo; cuando lei en un diario que ve la luz en esta ciudad, otro refutando también la suposición contraria á Patxot, y en el cual halló algunos datos

que vienen á robustecer la opinión que defiendo, y son los siguientes:

1.º «.....tenemos á la vista—dice el aludido diario—un número de un periódico titulado *El Café*, publicado el 29 de octubre de 1859 y dedicado á la memoria de D. Fernando Patxot, en el que se encuentran varios escritos ensalzando á éste, entre otras cosas, por ser el autor de *Las Ruínas de mi Convento*.

» Los artículos y poesías que llenan el expresado número, llevan las conocidas firmas de doña Josefa Massanés de González, doña Angela Grassi, doña María Mendoza de Vives, doña Pilar Pascual de San Juan, doña Isabel Villamartin, don Luis Cutchet, don F. J. Orellana, don Salvador Estrada, don José Antonio Ferrer y Fernández y don Antonio Alladill.»

2.º En lo referente á la opinión del Ilmo. Sr. Lluch, que el P. Civezza tergiversa, consta que «dicho obispo sabía quién era el autor de *Las Ruínas*, y en tanto era así, que años después de haber muerto Patxot, quiso dar la bendición nupcial á la única hija que quedaba de éste, en memoria, dijo, de la amistad que le había unido á su padre el autor de *Las Ruínas de mi Convento*.»

3.º Añade el diario de referencia, que la familia de Patxot posee los originales de las obras de éste, y entre los mismos figura el de *Las Ruínas de mi Convento*.

Paréceme que para toda persona imparcial y discreta, no cabe la menor duda en que el verdadero autor de *Las Ruínas* no es otro sino el insigne Fernando Patxot, como con razón se ha opinado siempre.

J. BURGADA JULIÁ.

Importancia histórica de la Filosofía Escolástica

Discurso pronunciado por el DR. D. JOSÉ M.^a VENTURA en la sesión pública del día 12 de Marzo de 1893.

(Conclusión)

Voy á resumir los principales cargos que se han hecho á la Escolástica. Se ha dicho de ella que hacía á la Filosofía esclava de la Teología, á la razón esclava de la fe. Semejante acusación importa un desconocimiento completo del verdadero carácter y tendencias de la Escolástica. En todo caso esto podría aplicarse á la doctrina de ciertos Padres de la Iglesia; mas no ciertamente á aquella Filosofía, y mucho menos á Santo Tomás, que puso especial cuidado en distinguir la razón y la fe y en atender á la dignidad de una y otra, marcando sus respectivos derechos «de tal manera que ni la razón elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del humano saber, apenas puede elevarse ya á más

sublime altura, ni á la fe le es dado obtener más eficaces y numerosos auxilios, que los que obtuvo, gracias á Santo Tomás (León XIII, Encíclica *Aeterni Patris*). Y no podía suceder otra cosa, tratándose de una filosofía que aunque se inspira en el Cristianismo se inspira también en los grandes modelos de la antigüedad pagana, que representan el mayor esfuerzo posible de la razón humana, y sin que para nada venga al caso con referencia á ellos el hablar de los derechos de la fe. Yo creo, por el contrario, que la Filosofía escolástica exageró los derechos de la razón, dejándose llevar de las tendencias crítico-escépticas de Duns Scot, fundador de la escuela de los scotistas, en cuyas doctrinas, así como en las exageraciones nominalistas de Guillermo de Occam, y en su deseo de sacudir el yugo de la autoridad pontificia, debe buscarse el principio de la decadencia de la Escolástica. Sin embargo el racionalismo de ésta es un racionalismo *sui generis*, que importa sobremanera no confundir con el moderno, pues al paso que éste niega sistemáticamente y rechaza de antemano las verdades de la fe, aquél peca más bien por exceso de celo y por el deseo de querer evidenciarlas demasiado á los ojos de la razón.

Se ha dicho también que había olvidado el cultivo de las ciencias físicas y naturales, siendo esto causa del atraso en que han permanecido por tanto tiempo. Aparte de que no es la misión especial de la Filosofía dedicar su actividad preferente al estudio de los problemas de dichas ciencias, semejante afirmación pugna con el testimonio de la historia y de la tradición que nos representan á varios escolásticos, principalmente á Vicente de Beauvais, Roger Bacón y Alberto Magno como muy versados en dichas ciencias y á quienes éstas deben importantísimos descubrimientos. La ciencia moderna ha confirmado el fallo de la historia por boca de uno de sus más ilustres representantes. Alejandro de Humboldt, hablando de Roger Bacón, se expresa de la siguiente manera: «Roger Bacón puede ser considerado como la aparición más importante de la Edad Media en el sentido de que más que ningún otro contribuyó á engrandecer las ciencias naturales, á fundarlas sobre las matemáticas y á provocar los fenómenos de la naturaleza.» En iguales ó parecidos términos se expresa hablando de Vicente de Beauvais y de Alberto Magno. ¿Y quién no recuerda aquí con especial fruición, el nombre del ilustre dominico Fr. Diego Deza, patrocinador de los proyectos y planes de Colón sobre la existencia del nuevo mundo, que se declaró contra la opinión dominante de los doctores de Salamanca? Y como éstos pudiéramos citar otros muy distinguidos varones. Oigamos lo que sobre el particular nos dice León XIII en su encíclica *Aeterni Patris*: «Bien es de advertir acerca de esto que hacen gravísima injuria los que la acusan de acortaría al sucesivo progreso é incremento de las ciencias naturales. Todo lo contrario debe decirse, porque enseñaron los escolásticos, que

la inteligencia humana sólo llegó al conocimiento de las cosas espirituales partiendo de las sensibles, comprendiendo muy bien según esto, no haber nada más útil para el filósofo que escudriñar los arcanos de la naturaleza y aplicar las fuerzas de la mente con intensidad y constancia al estudio del mundo físico. Santo Tomás de Aquino y el B. Alberto Magno y otros escolásticos insignes de tal manera especularon en las cosas tocante á la filosofía, que no dejaron de emplear gran parte de su estudio en el conocimiento de las cosas naturales, tanto que no pocos dichos y sentencias suyas han confirmado los sabios modernos confesando que están conformes con la verdad. Además de esto muchos doctores en las ciencias físicas que las cultivan en nuestros días con gloria singular, confiesan públicamente y sin rebozo que entre los resultados ciertos y constantes de la Filosofía novísima y los principios filosóficos de la Escuela no media oposición alguna real.» Para corroborar lo que venimos afirmando y demostrar el mérito de algunos trabajos realizados por los escolásticos en punto á las ciencias materiales, voy á referiros tal como la he encontrado en uno de los más ilustres biógrafos de Santo Tomás de Aquino la llamada leyenda del Androide, célebre autómatá cuya invención se atribuye á Alberto Magno: «Refiere la leyenda que Alberto Magno tenia en Colonia, además de su celda, una habitación contigua en la cual pasaba días enteros trabajando. Tomás, no pudiendo resistir el imperioso deseo de averiguar, qué hacía Alberto en aquella habitación de la que salian tan estraños ruidos, aprovechando un día su ausencia, penetró, palpitante el corazón de temor y curiosidad, en el misterioso laboratorio. ¡Qué espectáculo! Vasos, retortas, alambiques, piedras, animales raros y monstruosos. El asombro de Tomás crece á medida de lo que ve; sin embargo un impulso misterioso le atrae hacia una de las esquinas del taller. Un cortinaje de color de grana que cae hasta el suelo en pliegues largos y unidos le hace sospechar que detras se esconde algún objeto. Se adelanta, separa con mano tímida el cortinaje, y se encuentra frente á frente de un talismán con figura de mujer hermosa cuyos encantos cautivan sus sentidos. Quiere huir, pero se siente retenido por una fuerza mágica, y se ve obligado por un poder desconocido á tener sus ojos fijos sobre los ojos de aquel talismán irresistible. Pero no es esto todo; he aquí que esta figura le habla y con voz humana le dirige esta triple salutación: Salve, salve, salve. El noble estudiante está á punto de perder el conocimiento; cree que el príncipe de las tinieblas se divierte con él; en medio de su turbación y espanto ase de un bastón que se le ofrece á la mano y exclamando «Retírate, Satán,» descarga una nube de furiosos golpes sobre el supuesto demonio hasta que la estatua se rompe con metálico estruendo seguido de estraños y pavorosos ruidos. Tomás entonces se preci-

pita fuera de la celda y al mismo tiempo aparece en el dintel de la puerta Alberto Magno. Con una sola mirada comprende lo que ha sucedido; y al ver destruido en un momento el fruto de su larga y penosa aplicación alza sus manos y esclama: Tomás, Tomás, que has hecho! Acabas de hacerme perder en este instante el fruto de 30 años de trabajo.» De ser cierta esta tradición que algún crítico tiene por un verdadero hecho histórico quedaría probado una vez más lo mucho que pueden envidiar nuestros tiempos á los tiempos de Santo Tomás y Alberto Magno tenidos por asilo de la ignorancia y de la barbarie.

Mucho se ha declamado contra la lógica de las escuelas so pretexto de ciertos abusos con ocasión de ella cometidos. Cierto que los abusos han existido, cierto también que los abusos deben siempre de censurarse, pero esto no es motivo para que se desconozcan los inmensos beneficios que del estudio de la lógica han reportado el pensamiento humano y la causa de la ciencia en general. Oigamos las palabras que el sabio abate Maret pronuncia con relación á la lógica de Aristóteles que es precisamente la que cultivaron los escolásticos: «Es, pues, muy exacto, decir que la lógica de Aristóteles ha sido siempre conocida y estudiada; habiendo presidido á la primera educación del pensamiento europeo. Esta lógica ya sabeis que es la legislación del raciocinio. El análisis que de la proposición ha hecho el filósofo de Estagira es una de las obras maestras del espíritu humano; y las reglas que ha establecido para el raciocinio son la expresión genérica de la naturaleza de las cosas. La obra de lógica de Aristóteles ni ha sido ni puede ser aventajada. Es, por consiguiente, una dicha que el pensamiento se haya formado en tan fuerte disciplina, pues de ello han resultado grandes ventajas en el método, en la claridad y en la precisión.» Al cultivo y aplicación constante de la lógica de Aristóteles, deben los escolásticos aquella fuerza vigorosa de raciocinio que resplandece en sus obras y escritos y que hacen de la filosofía escolástica una fortaleza inexpugnable y verdaderamente temible bajo el punto de vista de su argumentación. Así lo da á entender el Pontífice Sixto V, cuando nos habla de «aquel ordenado enlace y trabazón íntima y reciproca de materias y razones, aquella armonía y disposición que guardan como la de un ejército en forma de batalla, aquellas definiciones y divisiones tan perfectas y luminosas, aquella fuerza incontrastable de argumentos, aquellas agudísimas controversias con que la luz es separada de las tinieblas, la verdad del error y con las cuales se descubre y parece en su vergonzosa desnudez cual si le quitaran el disfraz, la mentirosa falacia de los herejes envuelta en mil prestigios y engaños.»

Se la ha acusado de hacer uso del silogismo, como si el silogismo no fuese como la fórmula del raciocinio y la aplicación

más exacta de la lógica que es la ley del pensamiento, como si se pudiese pensar sin hacer silogismos; como si los mismos que acusan á la escolástica de hacerlos, no los hiciesen al acusarla, con la única diferencia de que los hacen malos. Ténganse presentes las palabras pronunciadas por un hombre que no se distingue por sus aficiones á la Escolástica, Mr. Victor Cousin, en la circular relativa á los grados de bachiller en letras, dirigida á las Universidades cuando era ministro de Instrucción pública de Francia: «El arte silogística es al menos una arma poderosa, que da á la imaginación la costumbre de la previsión y del vigor. En esta poderosa escuela se formaron nuestros padres: gran fortuna será poder retener en ella á la juventud actual.» Y tiene razón el jefe del eclecticismo moderno, porque el silogismo encauza las discusiones, hace que no se pierda de vista el fondo del asunto, obliga á no salirse de la cuestión que se debate, evita inútiles digresiones y sobre todo acostumbra á la inteligencia á una especie de continua gimnasia intelectual haciéndola apta para todo género de luchas.

Se la ha acusado también de ocuparse en cuestiones inútiles. Cuestiones inútiles llama el positivismo materialista á Dios, la vida futura, el orden sobrenatural; cuestión inútil llama al problema de los universales, cuando á él puede reducirse toda la filosofía y en derredor del cual todavía se agita mareada la filosofía moderna, cuestión que en otro tiempo metió tanto ruido en las escuelas, en la que se ejercitaron los más sobresalientes ingenios y que sólo mereció ser fijada por Santo Tomás. Y al decir esto, no es que neguemos en absoluto la verdad de las acusaciones que por el motivo indicado se dirigen á la Escuela; por el contrario, reconocemos en parte la justicia de estos cargos, aunque en esto como en tantas otras cosas se han exagerado mucho los defectos atribuidos á la Escolástica.

Otros se quejan del predominio absoluto que ha tenido en las Escuelas la autoridad de Aristóteles, de quien dicen que ha absorbido la libertad del pensamiento humano. Los que tal afirman ignoran que Santo Tomás aunque se inspira en él en muchas ocasiones, en otras sacude su yugo porque así lo juzga conveniente; que Durando de Porçain da muestras de independencia cuando dice «que la filosofía no consiste en saber lo que pensó Aristóteles ó lo que pensaron otros filósofos, sino en conocer la verdad y la realidad de las cosas;» y en otro lugar, que sujetarse al parecer de otro doctor determinado «es cerrar el camino á la investigación, poner obstáculos á la ciencia, y, no sólo ocultar sino comprimir violentamente la luz de la razón,» que Melchor Cano restringe también todo lo posible el predominio ó el criterio de su autoridad, y que en general los escolásticos sólo le siguen cuando le hallan conforme con la verdad cristiana y con sus propias opiniones.

Por último, fijándose otros en los llamados criterios de verdad afirman que la Filosofía escolástica nada conoció y enseñó sobre esta importante materia. Quien se tome la molestia de leer á Santo Tomás se convencerá de la falsedad de esta acusación. De todos los criterios, absolutamente de todos se habla en las obras de Santo Tomás, incluso del llamado sentido íntimo ó conciencia cuyo estudio y desarrollo más pertenece á la filosofía moderna, pero sobre el cual el Doctor Angélico ya había llamado la atención aún antes de que Descartes formulara aquel su célebre *cogito ergo sum* que ha servido de base á ulteriores investigaciones. ¿Y qué os diré de la importancia que en la filosofía escolástica tiene el testimonio de los sentidos? ¿no os he dicho al principiar este discurso que aquel célebre apotegma *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, retrata de cuerpo entero la filosofía peripatética ó de Aristóteles y también la Escolástica que se inspira en sus principios?

Aquí, señores, debiera concluir mi discurso, pero no quiero despedirme de vosotros sin hacer antes una importante observación. Se ha acusado á la Filosofía escolástica de estéril, frívola, capciosa, llena de cavilidades, propia de tiempos bárbaros é incapaz de figurar al lado del movimiento filosófico moderno. Los autores de tan bajas calificaciones ¿sabeis quiénes son? Pues quién quereis que sean? los enciclopedistas del siglo pasado, los fautores de la Revolución que en su vida habían leído á Santo Tomás, que no conocían ni siquiera por las cubiertas la Filosofía escolástica y que por todo argumento oponían la acostumbrada serie de denigrantes epítetos. ¡Llamar bárbara á una filosofía, llamar bárbara á una escuela, cuyo principal mérito consiste en haber adelantado extraordinariamente el movimiento intelectual de la Europa, haciendo renacer la afición á los estudios serios y profundos en una época en que todo era oscuridad, confusión y tinieblas y en que la guerra y la carrera de las armas era la sola y única ocupación de los pueblos! Llamar bárbara á una Filosofía, cuyo principal mérito consiste en haber vulgarizado las obras de los grandes modelos de la antigüedad y ofrecido al entendimiento humano un guía tan seguro y experto como es Aristóteles, operando el gran cambio del Aristoteles pagano en Aristoteles cristiano y favoreciendo tan singularmente la incorporación en la Filosofía cristiana del elemento aristotélico, cuya superioridad sobre el platónico ya os he puesto de relieve al comenzar este discurso! ¿Qué sería de nuestros tiempos sin los grandes esfuerzos de nuestros antepasados, y en punto á la Filosofía sin los grandes esfuerzos de nuestros antepasados los escolásticos? ¿Creeis acaso que se hubieran improvisado en un solo siglo los diversos adelantos que admiramos en todos los ramos del saber humano, y con referencia á nuestro objeto los grandes monumentos con que se envanece la Filosofía moderna?

No, mil veces no. La Filosofía moderna es deudora á la escolástica de una buena parte del gran fondo de doctrina que posee, de lo cual fácilmente os podriais convencer haciendo un examen detenido de las diversas publicaciones aparecidas en nuestra época en las que encontrariais no pocas verdades, afirmaciones y teorías sacadas de las obras de los escolásticos, pudiendo hasta afirmarse sin temor de equivocación que aún los mismos errores modernos principalmente racionalistas y panteístas, han recibido de la Filosofía escolástica su primitiva inspiración y tienen en ella su verdadero origen y punto de partida. También en las obras de los doctores escolásticos, principalmente en Santo Tomás de Aquino, se encuentran toda clase de argumentos para combatir de frente los errores modernos, lo cual constituye un punto de vista curioso y especial, en el que muchos no se han fijado, que avalora doblemente el mérito de la Filosofía de Santo Tomás y prueba una vez más su fecundidad ilimitada, pareciendo como si aquel Santo y Angélico doctor presagiara algo de lo que con el tiempo debía de suceder á su obra predilecta, y entreviera á lo lejos la terrible tempestad que se había de desencadenar sobre el majestuoso edificio de la Filosofía cristiana, y quisiese legarnos un monumento impercedero de alta previsión y sabiduría á donde pudiésemos acudir en busca de auxilio para defendernos de los errores que nos asedian por todas partes. Y es que la Filosofía escolástica no representa tan solamente un ensayo más ó menos feliz llevado á cabo por el espíritu humano en la Edad Media, sino que es un organismo perfecto, completo y acabado al que es posible añadir nuevas verdades arrancadas por el estudio á los secretos de la realidad, pero al que no es dado á nadie cercenar, variar y corregir. No, mil veces no; una filosofía que ha producido y produce hombres eminentes en todos los ramos del saber humano; una filosofía que engendra teólogos, canonistas, filólogos, oradores, naturalistas, artistas, hombres de Estado, no puede ser calificada de bárbara y estéril; tampoco puede ser calificada de bárbara y estéril una filosofía que lleva marcado en su frente con letras de molde el sello de su fecundidad ilimitada por contener en germen todo el movimiento filosófico moderno.

HE DICHO.

PENSAMIENTOS

Si quereis amaros, no seais iguales hasta la identidad, ni diversos hasta la contradicción.

Aristófanes.

*
*
*

No temo al infierno por sus penas, sino porque es un lugar donde no se ama.

Sta. Teresa de Jesús.

* *

La libertad honesta es una flor, que espontáneamente brota en toda sociedad, dirigida por el espíritu de la Iglesia católica.

Cardenal Pecci, hoy S. S. León XIII.

* *

Una nación no puede ser verdaderamente libre si no es virtuosa, y en tanto tiene más necesidad de dueños, en cuanto es más corompida y depravada.

Benjamin Franklin.

* *

Es necesario recomendar la paciencia, la frugalidad, el trabajo, la sobriedad y la religión. Todo lo demás es fraude y mentira.

Burke.

* *

Para hacer de un hombre un santo, es preciso la gracia, y quien lo dude, ni sabe lo que es un hombre ni lo que es un santo.

Pascal.

* *

Todo sistema de educación que no se afiance en la religión caerá en un momento, ó no hará otra cosa que derramar el veneno por el Estado; pues la Religión, como dice escelentemente Bacón, es el aroma que impide la corrupción de la ciencia.

Maistre.

* *

La libertad del comercio no es la facultad concedida á los negociantes para hacer lo que quieran. Esto sería más bien su servidumbre.

Montesquieu.

* *

No es lo mismo entregar una limosna que practicar la caridad.
